

Historias de un ebrio magnífico

Quando se celebra la semana aniversario de Curepto, rendimos tributo a Pedro Antonio González, el más antiguo de los poetas maulinos, un mito olvidado por su propio pueblo, un contradictorio habitante de los márgenes

Fato no es un artículo serio sobre literatura. No es un análisis estructuralista ni una lectura ideológica. Lo que queremos es hacerle un espacio en el cielo a un hombre con cara de héroe, vida de perro, pluma de mártir, fama de maldito, poeta maldito, poeta entreverado con la existencia de un modo siempre peligroso, denunciado por el prójimo y luego estimado y estampado en una polera, igual que Morrison, el Che y los demás íconos de la fantasía revolucionaria.

Este hombre de llamas Pedro Antonio González. Era bicho, lo que hacía aún más indecorosa su fama de boboso o, dicho como en los pasillos, de alcohólico terminal. Hugo Morán lo llamó "ebrio magnífico"; su amigo Marcial Cabrera lo describió como un "bardo rebuloso metafísico"; muchos lo rebatían; otros, especialmente estudiantes entusiasmados con su retórica materialista y laica, lo seguían como a un predicador inspirado.

Curepto, departamento de Curepto, lo vio nacer el 22 de mayo de 1863. Al quedar huérfano se trasladó a Santiago, para continuar su educación junto a su prominente tío Pedro Armengol Valenzuela, obispo mercedario. El joven poeta jamás alcanzó un título profesional, a pesar de haber

tomado clases de Derecho en la universidad. Le impartaban más las lecciones privadas, las obras de Karl Marx, Lavalle, después Espronceda, Byron, Víctor Hugo y José Martí.

La enfermedad cultural de González le granjeó clases en tres liceos capitalinos; en uno de ellos estableció amistad con Margarita Soto, en-

morada de la poesía y madre de una chispa que hacía brillar en el amoroso sentido de la palabra a Pedro Antonio.

Se casó con ella, Ena Contador, posiblemente antes de dar entre Alicia y Melina, primas de Ena. Marcial Cabrera veía una suerte de cura de surdo en este matrimonio, que sin embargo estaba condenado a la castración: la esposa era impuber, inexperta, ingenua; el esposo tenía la cabeza atravesada por "las recordadas voces de otra esfera".

La pareja dispareja se fue a vivir a un cuartucho contiguo al manicómio. Durante la noche de bodas, González se fue de fiesta. Cuando regresó, a las tres de la madrugada del día siguiente, Ena estaba deshecha: había estado sola escuchando los quejidos de los orates.

Pese a la leyenda de outsider, el vate curepto no fue un incomprendido, ni está hoy completamente ausente de la historia literaria nacional. En la capital ganó de la simpatía de las camillas artísticas; críticos como Armando Donoso y Domingo Meli ponderaron sus versos; Matías Ráfide lo sitúa en las primeras hojas de una antología de poesía maulina; se lo cita todavía como precursor del modernismo, cercano a Rubén Darío, comparable a Poe por la oscuridad de sus imágenes. El exagerado empleo de adjetivos, la rima rebuscada, el apego a las palabras de enciclopedia mancharon ciertos pasajes de su obra. La soledad y el desconcierto le acompañaron siempre. En "Mi Vela", uno de sus poemas más célebres, escribió: "Yo

crucé la noche con pasos aciago / sin ver brillar nunca la estrella temprana / que viene delante de su caravana / brillar a lo lejos los tres reyes magos."

Despreciaba el trabajo sistemático, la vida ordenada. Abominaba de los ganapanes y la desesperada búsqueda de dinero. Por ello careció de estabilidad económica. Fue pobre. Ena lo abandonó dejándole el anillo de compromiso encima de la mesa. La niña mujer, estafada, con el staff de un circo pobre, se casó con el Tony Matarana, años después se convirtió en una señora acomodada.

Pedro Antonio González nunca consiguió un puesto público que le garantizara el sustento, en cambio cultivó el periodismo en "La Tribuna", "La Ley", "La Revista Cómica" y "Santiago Cómico", paralelamente a su vocación lírica. Ayudado por Marcial Cabrera —un abogado mecenas que murió en el Manicomio Nacional víctima de una parálisis general progresiva—, dio a conocer los

escritos que perdía o manchaba con vino en los bares.

En 1903 enfermó del corazón. Lo trataron en el Hospital San Vicente de Paul pero descuidó la convalecencia. Hospitalizado nuevamente, hinchado y cubierto la cabeza con un paño de huesos, entregó originales inéditos a Max Jara, mientras escuchaba sus últimas líneas de pesadilla: "Pienso las cosas más disparatadas. Y aunque me han puesto en broma para que no mire a los otros enfermos, miro todas las caras y me imagino los rostros flacos, amarillentos, con los ojos bandados... Hay noches que oigo un gran suspiro y al día siguiente se encuentra uno tieso en la cama, que después veo que lo sacan por esta puerta. La otra noche me despertó una gran voz que decía: 'Madre mía, madre mía!'. En las primeras horas de la mañana, cuando entró la hermana, me dijo: 'El número tantos amaneció muerto...'".

Mario Verdugo Arellano

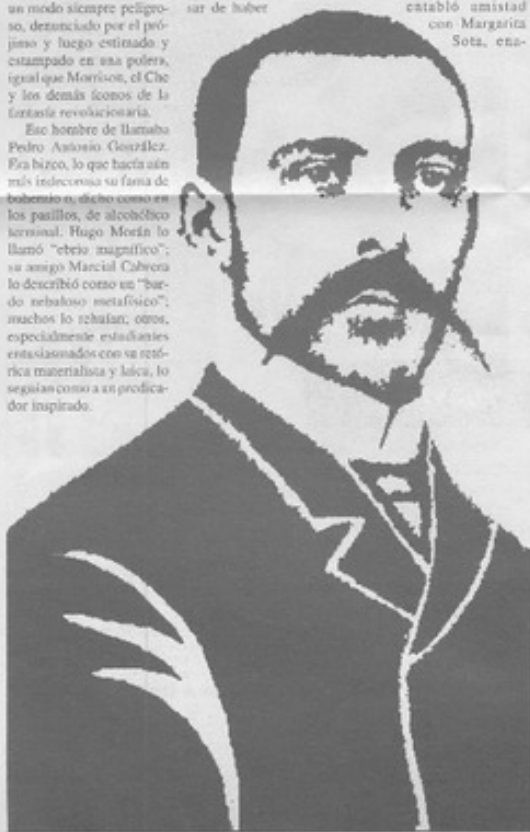


Ilustración de Fabio González

Apoyo la cabeza en mi antebrazo...

Apoyo la cabeza en mi antebrazo
Y de boniato jallo me mundo.
Vec, al fin, en las heces de mi vano
Como un náutigo sin flotar el mundo.

¡El mundo es ya un cadáver! El se encuentra
de donde el sacro funeral del alma.
No es Juana que el sarcófago de una sombra,
no es ya más que la sombra de un fantasma.

¡El mundo es ya un cadáver! Puesto, entonces,
que yo no tape en él, ni él en mí capo,
y él siempre a traición me mundo sus broncos.
¡Así es que yo lo escupo y yo lo escupo!

Fragmento extractado de "Poetas de la región del Maule",
Matías Ráfide, UC, 1973

Historias de un ebrio magnífico [artículo] Mario Verdugo Arellano

Libros y documentos

AUTORÍA

Verdugo Arellano, Mario, 1975-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1999

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Historias de un ebrio magnífico [artículo] Mario Verdugo Arellano

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile